

El borrón-montaña

En estos días se ha hablado en la prensa de ciertas dificultades de política internacional entre España y Francia a pretexto de la prórroga de un cierto anticipo y de la cuestión de Tánger. El gobierno idóneo, el de la neutralidad — que no era tal — a todo trance y costa — hasta de la dignidad nacional — durante la guerra, ha de creer — ¡es lo natural! — que todo esto se trate con la mayor reserva. La reserva, y hasta la clandestinidad y el manifiesto embuste ha sido el arma de la «idoneidad» conservadora, de la que para ahogar el movimiento político de agosto de 1917 propaló desde el ministerio de la Gobernación que aquello se debía a manejos franceses. Pero los que creemos que sin el imperio de la verdad no hay justicia posible, no tenemos por qué ser reservados.

Hasta en público se relaciona con la situación internacional el viaje del Jefe del Estado, en compañía del Canciller de turno, a Barcelona, y se dice que el ministro de Estado se indispuso con el embajador de Francia por ciertas manifestaciones de éste referentes al problema de Cataluña. Y se recuerdan incidentes del viaje del mariscal Joffre, de París, pasando por Madrid, a Barcelona.

La verdad verdadera es que España, a pesar del bonito negocio que los más de sus hijos han hecho con la guerra de los otros, ha sido derrotada en esa guerra. Y ha sido derrotada, no a pesar de su neutralidad, sino merced a ella y porque en rigor — repitámoslo — no fué neutralidad.

Contábase aquí, en las altas esferas, con el triunfo de los imperios centrales y la elevación de España, en virtud de ese triunfo, a subimperio o viceimperio. Bajo la protección del Sacro Romano Imperio Germánico el Viceimperio Ibérico acogería en su seno a Portugal, recobraría Gibraltar e incluiría Tánger en su subprotectorado marroquí. La protección suprema, la germánica, por supuesto, y la de España como delegada.

¿No recuerda el lector la libertad con que se movían los submarinos alemanes en mares españoles, la impunidad con que hundían nuestros barcos, aquella entrada de uno de aquéllos, no se sabe con qué mensaje, en Cartagena, el incidente de la carta cesárea en el cazadero de Lachar y otros hechos que no deben olvidarse? Porque no, no deben olvidarse. Y no deben olvidarse porque no están moralmente liquidados. Tenía razón Clemenceau al decir que no se borra así el pasado.

Toda la apesadumada política íntima de la «idoneidad» conservadora ha consistido en borrón y cuenta nueva. Y no cabe cuenta nueva después del borrón. La amnistía del Comité de la Huelga de agosto de 1917 fué, por ejemplo, un borrón, pero

aun no se sabe, entre otras cosas, qué castigo se le ha impuesto al bellaco que en un cuartel insultó a Marcelino Domingo estando éste maniatado. Y como ésta hay otras bellaquerías por liquidar. Entre ellas fallos injustos de tribunales intervenidos.

Se mete mucho ruido para que se olvide todo esto y alguna vez se apela al patriotismo. Pero eso no es patriotismo. El método del borrón no tiene nada de patriótico. Ni la enmienda tiene valor sin confesión de culpa.

Y ese borrón, ese borrón bajo el que se quiere abrir cuenta nueva — ¿nueva? — es un borrón-montaña. Tanta tierra se ha echado a tantas tropelías gubernativas para borrar las injusticias del poder público, que esa tierra forma una enorme montaña. El borrón es una montaña, es un borrón-montaña. Y en él tropieza todo progreso en justicia y en verdad.

Los cálculos de la papanatería cortesana salieron fallidos. Los profundos estratagemas palaciegos se equivocaron de medio a medio. El imperio de los Hohenzollern se ha hecho escombros y el de los Habsburgos polvo. ¡Justo castigo a su ceguedad! Y al hacerse escombros y polvo esos imperios, y con ellos los subimperios búlgaro y turco, se ha tenido que desvanecer el ensueño del viceimperio ibérico africano. ¡Y harto tiene el reino de España con la reconquista de su viejo solar! Porque hay quien ha hablado de reconquista al tratar de ese viaje a que aludíamos.

Se anuncia otro viaje, éste allende Océano, y también de reconquista, aunque espiritual. Nos es simpático este otro viaje, lo declaramos, y aun aparte de quien represente a España en él; pero como el viaje ha de emprenderse dejando a espaldas, en la que debiera ser la patria de todos los españoles, el borrón-montaña, sus efectos serán más de bambolla y apariencia que de otra cosa.

Para emprender villa nueva hay que abominar eficazmente de la vieja. Y ahí está el borrón-montaña asentado en su cimiento, que es el principio de autoridad. Y el principio de autoridad, según el dogma conservador idóneo, es que la autoridad no debe reconocer nunca sus errores ni sus injusticias.

Miguel de UNAMUNO.

